



MONTERREY, N.L. DOMINGO 22 DE NOVIEMBRE DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Las ruinas de la cultura

APLAUDIRÉ HACIENDO

SONAR MIS HUESOS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Vivo fracturado. Un viejo amigo me lo advirtió, cuando emprendí mi camino. Él vivía igual, dividido. "Vas a sufrir buscando un reconocimiento que nunca, nadie, te va a querer dar, buscarás algo que nunca llegará". Él era homosexual y vivía en un país oriental donde eso se castiga con la muerte. Y yo me siento muerto. Busco que un día, alguien finalmente me diga: "Abraham, lo conseguiste, eres un artista, finalmente has logrado convertirte en un artista".

A veces creo que hago mal deseándolo... y que Dios me castigará por ello. Nadie nota mi talento. No sé qué deba pasar para que yo me sienta un artista. No cuento con la licenciatura necesaria. Sí, hay títulos, pero yo no estudié nada de eso. Ni siquiera sé, bien a bien, qué se necesita para conseguirlo. Tal vez que el gremio me reconozca. Que el gremio grite: "Abraham es un pintor, compren su obra". Por fuera, soy un ingeniero en sistemas que ni siquiera practica un trabajo relacionado con computadoras; ni siquiera limpiando los baños en la compañía tecnológica más cercana.

En casa, mis padres pensaban que moriría de hambre siendo un artista. Concluí la prepa y el Tec de Monterrey me ofreció una beca para estudiar matemáticas. Pero mi padre quería que yo fuera rico, que sacara a la familia de la pobreza, así me lo dijo un día. Convenció al Tecnológico para que me dieran el cien por ciento de la beca, pero en la carrera de sistemas. "Es el futuro", me dijo él. Lo que no tomé en cuenta es que yo sería un mediocre estudiando computadoras. Que, con todo y la ingeniería, muero de hambre cada día.

Acabé sufriendo, apenas por encima del ochenta y cinco necesario para la beca, odiando los cables, las pantallas, los cerros y unos, el Java, el C, el Python y hasta el Visual Basic. Para mí, son cuatro cadillos entre los dedos del pie calzando botas. Cada vez que me encuentro con los compañeros de universidad, me siento un gusano intentando trepar el edificio latinoamericano. Todos ellos: tan exitosos, tan orgullosos del Tecnológico de Monterrey, con sus esposas e hijos, y yo con un trabajo mediocre con el que, aunque me da tiempo para pintar, pinto cuadros que no se venden.

Ninguno cree que yo sea pintor. En la plaza, los colegas me ven con desdén, con sospecha. Ni siquiera me invitan a jugar ajedrez en las largas horas de espera por vender un cuadro. He optado por ofrecer bastidores y telas. Esas sí las vendo, de vez en cuando. En ellas pintan otros pintores, y algunos aficionados que, con sus salarios de tiempo completo, pueden comprar los materiales. Los domingos en el mercado, cuelgo mi obra y nadie, ni siquiera los vecinos de puesto, me dicen algo positivo, un: "buena suerte con la venta, es una buena obra".

He concursado para el Salón de la Plástica en cinco ocasiones, y todavía, nada. Siento que pertenecer a él me convertirá en artista. Y cuando me ven llegar, todavía dicen: "ahí viene el ingeniero en sistemas otra vez". Y cuando anuncian a los ganadores y no aparece mi nombre, ni



siquiera escucho un: "no te desanimes, a la próxima quedarás".

Lo que nadie sabe es que yo distingo lo que hay en mi obra. Mi metacognición es alta. Conozco la diferencia entre mi pintura y la de ellos, quienes no pintan más que lo que aprendieron en La Esmeralda, en la Academia de San Carlos, o en donde hayan sido formados. Son imitadores de los movimientos exitosos iniciados por otros artistas; son pintores hechos entre cuatro paredes ubicadas en el epicentro de veinte metros cuadrados, y no con la sangre del verdadero sufrimiento. No con la imaginación de la soledad del veneno en el ataúd, sin la furia del arcoiris que va desapareciendo frente a los rayos mortales del sol, sin la pasión estallando en las vísceras de un animal moribundo, como me siento yo.

Pero un día les regresaré el desprecio. Sé que un día llegará mi reconocimiento. Y si para entonces: estoy muerto, me reír de ellos desde la tumba. Me mofaré de la forma en que desperdiciarán sus vidas creyendo en famas fugaces, en aplausos mediocres e ignorantes, en las reseñas críticas de los conformistas que hablaron bien de sus obras. Ahí estaré, bien muerto pero sonriendo con los dientes pelones, haciendo sonar mis huesos, metacarpo y falanges, con mis aplausos... para mí. Y mi alma volará de regreso, haciendo viajes para ver mis cuadros colgados en museos internacionales y en muchas exposiciones. Seré un muerto feliz.

LA VIDA DENTRO DE UN CUENTO

OLGA DE LEÓN G.

- ¡Esa hormiga es una floja, siempre empieza tarde y acaba pronto!

- ¿A qué te refieres?, hermana colorada

- A que a la hora de escribir sus cuentos, empieza al cuarto para las nueve de la noche y termina a las nueve treinta: ¡es una floja!, trabaja muy poco.

- ¿No será que a ella le funciona muy bien eso de la tensión y presión del tiempo? O, a lo mejor como escribe narraciones breves sigue la técnica del cuento: entra tarde y sale temprano.

- ¿Cómo es eso?, preguntó una hormiguita mucho más pequeña y amarilla, que merodeaba por el rumbo.

- ¡No me digas!, ¿también tú quieres aprender a escribir, hormiguita mantequera?

- Y como, ¿por qué no...?

- No te me alborotes, yo solo preguntaba, pues jamás imaginé que tú...

- ¡Andale, gusanito, nomás sígueme por ahí, y perderás una amiga que

aunque pequeña, soy bien picosita cuando beso... Quieres que te ande besuqueando luego; digo, yo también nada más digo.

Ambos amigos rieron, pues sabían que solo estaban bromeando, como que se conocían desde hacía tiempo.

- Pues bien, hormiguita amarilla, déjame te explico lo que yo entiendo y aprendí, en una escuelita muy "nice" de esas para cerebritos y mentes especiales, disculpando la inmodestia...

- Ya, ya, amigo, sin más rodeos, ve diciéndome qué técnica es esa en el cuento, la de: "entrar tarde y salir tem-

prano".

- Mira, por ejemplo, supón que quieres escribir sobre una intriga, misterio o

un hecho romántico... Tienes dos personajes principales y la escena se desarrolla en un bar... Entonces, empiezas así:

"Miró en derredor, se sentó a la barra y pidió un Whisky en las rocas. Esa noche, el calor del día se había prolongado hasta tarde..." Fíjate muy bien amigueta, para empezar, en menos de dos líneas ya usamos cuatro verbos, mencionamos tres acciones y aludimos a una hora, entorno y momento... El lector no sabe de quién se trata, ni por qué entró a un bar, ni qué hará allí... Y tú no se lo dirás aún. Luego vienen dos o tres acciones y nudos (tropiezos o dificultades) de la trama, para finalmente terminar por ejemplo, con algo así: "Se dio media vuelta y se sentó en una mesa con quien ya la esperaba, como si supiera que esa noche... Los periódicos de la mañana siguiente dieron la fatal noticia..."

- ¡Me gustó!, gusanito. Dime en dónde puedo aprender a escribir, como tú.

- No, hormiguita, como yo, no. Cada uno debe encontrar su propio estilo. Y, cada quién tendrá algunas temáticas preferibles o más accesibles a su estilo de vida, experiencias, lecturas, cultura, etcétera, etcétera. Ve a inscribirte a la Casa de Pollock, ahí te enseñarán a escribir, aprenderás lo que ni te imaginas.

Mientras nuestros pequeños personajes se adentraban en la charla y se emocionaba una más que el otro con lo que hablaban, la hormiguita escritora comenzaba a enredar su historia, sin llegar a un punto ni muy claro, ni tan oscuro que pudiera resultar interesante para incorporarlo a la narración.

Apenas llevaba cuatrocientas treinta palabras, se levantó, dejó la segunda hoja a medio manchar y fue a prepararse un té... Esa era su determinación: tomar un té, no sabía si verde, negro o mate.

Quién sabe, en qué instante la situación de las decisiones cambiaron; pero, la escritora llegó de regreso a su máquina con una copa de vino y no con el té, que lo dejó en un rincón de su intempestiva mente, o en la aburrida memoria de quien ya anda cerca de los sesenta... ¿Serán aburridas las mujeres mayores?, pareció escucharse la voz de la narradora omnisciente... La que pasaba de los sesenta... y quien se sabe todo de todos los personajes y hasta de los que no son personajes, pero por allí rondan, entre líneas y silencios.

Una risa con sordina se expandió por la sala, creo que fue la risa de su padre, de la madre o la abuela, o la de los tres: las escritoras también tienen progenitores, metidos o no en este asunto de la escritura creativa, pero sí, los tres amantes del arte.

Y, de pronto, como si la hormiguita amarilla y la colorada, que se había quedado callada desde el inicio dándole su espacio a la hermana mantequera, hubiesen seguido todos los movimientos de la hormiga que llamaron floja, la escritora, comprendieran que estaban tan cerca y tan lejos del misterio de crear una ficción, se metieron bajo un montículo de tierra que había en una esquina del cuarto y, a toda prisa, fueron haciendo camino... hacia La Casa de Pollock.



Clive Staples Lewis

Escritor y crítico británico, nacido en Belfast el 29 de noviembre de 1898 y fallecido en Oxford el 22 de noviembre de 1963, que firmaba sus obras como C. S. Lewis.

Su madre murió cuando tan sólo tenía nueve años, y Lewis fue internado en la Wynyard School. En 1916 consiguió ser aceptado en la Universidad de Oxford, pero ese mismo año ingresó en el Ejército. En 1917 fue herido en la batalla de Arras durante Primera Guerra Mundial. Tras su paso por el Ejército, en enero de 1919 pudo reanudar sus estudios universitarios en Oxford, que finalizó en 1924; durante estos años participó activamente en los debates que organizaba el Oxford Socratic Club entre cristianos y no cristianos.

En 1925 empezó a dar clases de Lengua y Literatura inglesas en el Magdalen College de la Universidad de Oxford. En 1931 dejó de ser ateo y se convirtió al cristianismo; más tarde, en algunas de sus obras, como *The screw-tape's letters* (*Carta del diablo a su sobrino*, 1942), mostró su profunda religiosidad. Durante sus años en Oxford escribió una de las series de novela fantástica de mayor éxito en la literatura universal: "Las crónicas de Narnia".

Perteneció al célebre club llamado Inklings ('Indicios'), formado por profesores de Oxford y al que también pertenecía Tolkien, con quien Lewis mantuvo una sólida relación de amistad desde 1926. Los miembros de Inklings se reunían en un pub llamado "The Eagle and Child" para leer fragmentos de sus obras y hablar de literatura y filosofía.

Desde 1954 hasta su muerte fue profesor de Historia del inglés medieval y del Renacimiento en la Universidad de Cambridge.

Entre 1939 y 1954 Lewis escribió los siete libros que componen *Las crónicas de Narnia*, que ordenados según el orden de lectura establecido por el autor son los siguientes: El sobrino del mago (1955), El león, la bruja y el armario (1950), El caballo y el muchacho (1954), El príncipe Caspian (1951), La travesía del viajero del alba (1952), La silla de plata (1953) y La última batalla (1956).

El león, la bruja y el armario inauguró el mundo mágico de "Narnia", nombre latino de la ciudad de Narni, situada cerca de Roma. Partiendo de las imágenes surgidas de la imaginación del autor, el mundo de Narnia se fue ampliando poco a poco, aunque Lewis no se había planteado inicialmente la escritura de una serie: "Luego escribí El príncipe Caspian como una secuela y seguí sin creer que habría más libros. Y cuando terminé La travesía del viajero del alba estaba convencido de que sería el último". En Narnia los animales hablan y conviven con personajes inspirados en la mitología grecorromana, duendes, brujas, gigantes y muchos otros seres fantásticos. Según Lewis, las aventuras de la serie "pueden asustar a algunos adultos, pero a muy pocos niños". Los jóvenes hermanos Pevensie protagonizan cinco de los siete libros, pero el personaje central es un león llamado Aslan, creador del universo de Narnia y que, como ocurre con otros muchos elementos de la serie, guarda semejanzas con un personaje de la tradición cristiana, en este caso el propio Mesías.

ad pédem literae

Es mejor ser examinado que ignorado.

Mae West

Letras de buen humor

Cuando tengo que elegir entre dos males, siempre prefiero aquel que no he probado.

Mae West

Mónica Lavín

Sin futuro

En los últimos años de mis padres, los diversos doctores que los veían coincidían en una cosa: debían tener planes. Los planes podían ser la comida del domingo en familia, el cumpleaños de alguien, la salida a una tienda, la vacación que se podía compartir. Nos encargamos de que tuvieran esa sensación de futuro en la que participamos con gozo. Eran planes a corto plazo, ciertamente ajustados a su realidad y que no todos pudieron llevarse a cabo. Producían un interés en la vida, por decirlo en palabras llanas: ilusión.

Quizás el futuro siempre es una ilusión, un espejismo distorsionado por nuestra emoción al que queremos llegar como al agua en el oasis. Porque la cotidianidad, por más que la vistamos de imaginación, tiene algo de desierto. No me desmientan los optimistas que sólo le ven cosas buenas al encierro.

En una reciente charla por Zoom, alrededor del libro *Creadores en aislamiento*, que ideó Nelly Rosales a través de Conexión (<https://bit.ly/CreadoresenAislamiento>), donde estuve con Carla Faesler, José Javier Villarreal y Alberto Ruy Sánchez,

moderados por Antonio Ramos desde la Universidad Autónoma de Nuevo León (escritores amigos a quien me dio mucho gusto ver), una de las preguntas fue y ¿qué quieres que pase acabando la pandemia? Tener planes, fue mi respuesta. Finalmente ver gente es algo que podemos hacer de extraña manera por Zoom, comprar también se hace en línea, dar clases, pero tener planes es preparar por ejemplo la reunión de fin de año. ¿Cómo va a ser el ritual de terminación de este año para empezar el que sigue con la misma circunstancia?, ¿cómo va a ser para todos los chicos desde primaria hasta la preparatoria que toman clases cuadrículados frente a la pantalla sin ver a sus amigos, sin subirse a los juegos, sin ir a fiestas, sabiendo que en enero las cosas seguirán prácticamente igual? No tener planes deprime. Es un motor de vida. Los que escribimos un libro tenemos un proyecto donde el mundo de palabras que se construye día a día es una forma de futuro. Su publicación, que llegue a los lectores, que se pueda promocionar es otro asunto. Las editoriales ya lo están padeciendo. Y no escribimos para el cajón.



Así que ante la lectura diaria de las noticias nacionales donde la ciencia y la cultura son ninguneadas, la clase media considerada de privilegio y corrupta, cuando el discurso dice que todo va bien y la realidad lo desmiente con la violencia, el aumento de los contagios, la creciente pauperización de todos, una sociedad dividida y una democracia amenazada, qué ilusión puede hacer lo que está allá afuera.

Me pregunto cuándo volveremos a la libertad de los planes que la pandemia nos ha robado, de qué manera los niños a los que les está prohibido subirse a la res-

baladilla del parque construirán el placer de tocar y trepar, de qué forma los adolescentes sobrevivirán la depresión social en la que ya comienzan a pasar sus días, los maestros el desgaste a contrapelo de su entrega presencial y qué libros resultarán de vivir mirando por la ventana, surcar las calles con tapabocas, tener miedo del otro, un posible contagiador. Seguro que los poetas ya están tomando la delantera para una literatura pandémica que refleje nuestras emociones y contradicciones y nos augure la esperanza del futuro. Ojalá. Está claro que nadie nos lo va a servir en bandeja.